

## Libros

---

**Labor in the Age of Finance: Pensions, Politics, and Corporations from Deindustrialization to Dodd-Frank**, por Sanford M. Jacoby. Princeton, Princeton University Press, 2021. 368 págs. ISBN 978069121720-8 (versión impresa); ISBN 9780691217215 (eBook).

En este excelente ensayo, *Labor in the Age of Finance*, Sanford M. Jacoby analiza desde una perspectiva novedosa las dificultades que entraña toda iniciativa destinada a reforzar el poder de los trabajadores en una economía financiarizada. Jacoby investiga en profundidad la respuesta del movimiento obrero estadounidense al capitalismo accionarial, contada desde la óptica de los individuos y organizaciones que protagonizaron esa historia. A partir de la década de 1980, los sindicatos y políticos que defendían los intereses de los trabajadores se enfrentaron a poderes financieros, inversores institucionales y altos directivos cada vez más influyentes, cuyas estrategias de reestructuración impulsaron una reasignación masiva de riesgos a los trabajadores y de recursos a los accionistas. Los sindicatos abogaron por una mayor regulación y participaron directamente en un activismo accionarial a través de inversiones del sector público y fondos de pensiones sindicales, con el objetivo de limitar el unilateralismo, el cortoplacismo y los salarios excesivos de las cúpulas empresariales. También desplegaron «tácticas financieras» creativas con campañas como la que defendía los derechos de los trabajadores de limpieza (Justice for Janitors) y, más recientemente, iniciativas para organizar a los empleados del sector bancario tras la crisis financiera de 2008.

Gracias a estas iniciativas, se amplió la capacidad sindical y se cosecharon algunos logros organizativos y legislativos. Sin embargo, Jacoby pone de manifiesto que los esfuerzos sindicales tropezaron con numerosos obstáculos, no solo por el creciente desequilibrio estructural en la relación de fuerzas entre capital y trabajo, sino también por las divisiones internas del propio movimiento sindical. Se confiaba en la capacidad de los sindicatos para movilizar sus propios medios de acción, ya que, como inversores, estaban condicionados por el conflicto de intereses de los trabajadores en calidad de accionistas, pensionistas y asalariados. Los fondos de pensiones sindicales aspiraban a obtener altos rendimientos en sectores como el del capital inversión, en detrimento de los salarios, la estabilidad del empleo y la participación de los trabajadores.

Una de las aportaciones de este libro es una meticulosa descripción de las campañas dirigidas a promover una gobernanza empresarial más transparente y responsable, enmarcadas en un contexto económico e ideológico más amplio. En el capítulo 1, por ejemplo, se describe la oscilación pendular entre la financiarización y la regulación del mercado laboral en tres periodos: la industrialización (1890-1929), el New Deal (1933-1973) y el neoliberalismo (a partir de 1974). Este enfoque nos recuerda que la transición del capitalismo de grupos de interés al capitalismo accionarial no ha

Reseña original en inglés publicada en *International Labour Review* 162 (3). Traducción de Marta Pino Moreno. Traducido también al francés en *Revue internationale du Travail* 162 (3).

© Reseña original, la autora, 2023

© Compilación de la revista y traducción, Organización Internacional del Trabajo, 2023

sido un proceso uniforme. La financiación mediante emisión de acciones, la capitalización bursátil y la concentración de la propiedad han evolucionado con el tiempo. Los periodos de mayor financiarización, que están estrechamente relacionados con un aumento de la desigualdad y con la pérdida de densidad sindical, han traído consigo nuevas corrientes de opinión sobre la influencia que han de tener los intereses financieros en la gobernanza corporativa. Jacoby introduce al lector en los debates que fundamentaron las reformas económicas y jurídicas en momentos decisivos. Por ejemplo, un juez del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, Louis Brandeis, sostenía que «solo se podrá exigir responsabilidades a las empresas si los trabajadores participan en los procesos decisorios» (13), en tanto que Berle y Means (1932)<sup>1</sup> defendían que la actuación corporativa debía servir exclusivamente a los intereses de los accionistas. En el transcurso del relato, se hace referencia a las estrategias y la retórica de los dirigentes sindicales y sociales (desde Saul Alinsky y Ralph Nader hasta John L. Lewis, Andy Stern y Damon Silvers) que, en un determinado momento, trataron de cuestionar la primacía del valor para los accionistas y de aprovechar la delegación de voto y la desinversión para promover políticas de responsabilidad social.

En el ensayo se documentan sucesivos fracasos de iniciativas interesantes, propuestas por mentes preclaras, cuyas ideas no prosperaron a pesar de contar, a veces, con un entorno favorable. Así, Jacoby describe cómo los fondos de pensiones sindicales, con la colaboración inicial de las campañas lideradas por inversores institucionales, promovieron la iniciativa del *cookbook* (libro de cocina), un conjunto de orientaciones de gobernanza corporativa destinadas a conciliar los intereses de los directivos con los de los accionistas (capítulo 2). Seguidamente, el autor analiza los esfuerzos realizados para compatibilizar el *cookbook* con una estrategia de inversión favorable a los trabajadores, centrándose en los resultados a largo plazo y fomentando la delegación de voto de los accionistas en apoyo de objetivos sociales (capítulo 3). Durante la década de 1990, cuando la regulación de los mercados financieros no se contemplaba en el orden del día, los sindicatos forjaron alianzas y crearon una infraestructura (capítulo 4). En 2001, tras el estallido de la burbuja tecnológica, los escándalos de empresas como Enron fomentaron un clima de opinión favorable a una reforma jurídica que ayudara a regular mejor la gobernanza empresarial (capítulo 5). Sin embargo, las reformas emprendidas fueron solo superficiales. El resultado es que, en la actualidad, las empresas rinden cuentas a los accionistas poco más que antes. En particular, la cuestión de la remuneración de los ejecutivos sigue sumida en la opacidad, el fraude y el engaño, rasgos característicos de una gobernanza corporativa propia de una economía financiarizada (capítulo 6).

Después del caso Enron, los inversores sindicales redoblaron las presiones para exigir una mayor representatividad en los órganos de administración corporativa y un derecho de control sobre la remuneración de los ejecutivos, pero sin mucho éxito, ante la férrea resistencia de los intereses empresariales y de sus defensores en el Congreso y en los tribunales (capítulo 7). Bajo el liderazgo de dos organizaciones, el Sindicato Internacional de Empleados de Servicios y UNITE HERE, el movimiento sindical puso en marcha varias campañas creativas para organizar a los empleados de banca y a trabajadores de empresas de servicios participadas por firmas de capital privado. Una vez más, en este caso surgieron intereses contrapuestos, ya que los planes de pensiones sindicales, que se destinaban en gran medida a capital inversión, difícilmente podían sumarse a las campañas que trataban de organizar a los trabajadores o de impulsar un cambio regulatorio para hacer frente al modelo

<sup>1</sup> A.A. Berle y G.C. Means, *The Modern Corporation and Private Property* (San Diego: Harcourt, Brace & World, Inc., 1932).

empresarial más rentable, basado en las industrias extractivas (capítulo 8). El análisis histórico de Jacoby concluye con la crisis financiera de 2008 y sus consecuencias inmediatas, en particular, la influencia del movimiento sindical en la aprobación de la Ley Dodd-Frank y la escasa representación de las principales organizaciones sindicales en el movimiento Occupy Wall Street (capítulo 9).

La lectura de *Labor in the Age of Finance* deja un regusto amargo, al constatar que todos los intentos de reforma de la gobernanza corporativa en los Estados Unidos han sido infructuosos, máxime si se evalúan con un análisis razonable de costos y beneficios. Los sindicatos han dedicado ingentes cantidades de tiempo, energía y dinero a diversas iniciativas pensadas para que los directivos rindieran cuentas ante los accionistas y para permitir la entrada de consejeros independientes en los órganos de administración. Sin embargo, incluso cuando se atendieron sus demandas, el impacto real de las medidas fue insignificante. Jacoby observa, por ejemplo, que la delegación de voto «puede favorecer un aumento del número de voces independientes, es decir, menos supeditadas a los intereses de la cúpula directiva en los consejos de administración, pero puede suceder lo contrario» (165).

Así pues, ¿qué otras vías se abren para salir de la espiral de fracasos descrita por Jacoby, de manera que los sindicatos y sus aliados logren inculcar más humanidad y equidad al capitalismo financiero? Una de las mayores dificultades radica en el hermetismo de las normas contables y de las regulaciones de los mercados financieros, es decir, lo que los politólogos describen como la escasa prominencia social de esas políticas. Los sindicatos han salido airosos en sus reivindicaciones políticas cuando han lanzado un mensaje claro y comprensible, capaz de movilizar a los trabajadores y a la opinión pública. Ese ha sido el caso de lemas de campaña como «Fight for \$15» (Por un salario de 15 dólares) y «Eight hours for work, eight hours for rest and eight hours for what we will» (Ocho horas para trabajar, ocho horas para descansar y ocho horas para lo que queramos). Cuesta imaginar un eslogan que comunique mejor la urgente necesidad de adoptar políticas destinadas a deshacer la maraña de normas que rigen la gobernanza accionarial de las empresas y la regulación de los mercados financieros. En la historia que relata Jacoby, los sindicalistas desempeñan un papel secundario. Por lo general, las campañas sindicales en pro de una regulación de las finanzas corporativas se diseñaron y ejecutaron desde los despachos de los dirigentes sindicales, que tienden a formular sus reivindicaciones con un lenguaje tecnocrático. A modo de ejemplo, Jacoby cita el caso de Trumka, un dirigente sindical que lanzó el siguiente llamamiento a 12 grandes empresas: «Les insto encarecidamente a que contabilicen como gastos toda la remuneración en acciones» (137). De hecho, la campaña más exitosa contra la especulación de los intereses financieros provino del exterior del movimiento sindical, cuando la iniciativa Occupy Wall Street canalizó la ira social bajo el lema «We are the 99 per cent» (Somos el 99 por ciento), defendiendo los intereses de la mayoría de la población frente a la minoría más rica y con mayor poder decisorio. Sin embargo, el movimiento Occupy tampoco plasmó este sentimiento común de solidaridad en demandas concretas o en una organización sostenida, y la política gubernamental posterior a 2008 logró atenuar el descontento popular mientras seguía aprobando planes de rescate para proteger los intereses financieros. A este respecto, Jacoby cita al Presidente Obama, que dijo a un grupo de banqueros: «Mi administración es lo único que se interpone entre ustedes y la horca» (201).

Al término de este análisis, surgen muchos más interrogantes que certezas sobre las enseñanzas que cabe extraer del pasado, a tenor de los errores documentados por Jacoby, con miras a organizar un movimiento exitoso y sostenible que reequilibre las fuerzas del poder económico. Mi propia respuesta (en la que me ratifico tras

la lectura de este libro) es que el punto de partida debe ser el fortalecimiento del movimiento sindical desde la base, mediante la organización y la educación política. Ese poder puede servir para alentar la búsqueda de otros modelos de rentabilidad más centrados en los trabajadores, disipando así el temor proverbial de los directivos a la horca. Es decir, solo se alcanzará una situación de paz social si los interlocutores sociales mantienen una relación de fuerzas más equilibrada. Esta es una clara enseñanza del modelo social europeo posterior a la Segunda Guerra Mundial, pero también del periodo del New Deal en los Estados Unidos, como nos recuerda Jacoby en el capítulo 1.

En la bibliografía sobre el neoliberalismo y la financiarización, es frecuente describir la intensificación de la competencia de los mercados, la desregulación y la redistribución de las ganancias del trabajo al capital como una etapa inexorable del tardocapitalismo o de la evolución hacia una economía digital. Jacoby pone de manifiesto las verdaderas luchas ideológicas y políticas que subyacen a este proceso. La conclusión más sorprendente es que, para invertir esta tendencia, se necesita un nuevo modelo económico, centrado en la fuerza de trabajo y medido en función de un bien social más amplio. Los sindicatos estadounidenses no salen bien parados en esta historia porque aspiran a lograr mejoras progresivas en un sistema profundamente desigual y tramposo. En este sentido, *Labor in the Age of Finance* es una lectura ineludible para académicos y estudiantes, pero también para dirigentes sindicales, activistas, responsables políticos y todas aquellas personas o colectivos que tratan de exigir responsabilidades a las empresas y de reparar las injusticias del capitalismo financiero, a pesar de las dificultades que ello entraña. Este libro es, en definitiva, un valioso recurso porque logra desentrañar un tema complejo y comunicar la urgente necesidad de fortalecer la democracia económica para promover una prosperidad más equitativa.

Virginia Doellgast

*Profesora titular de la Cátedra Anne Evans Estabrook  
de Relaciones Laborales y Resolución de Conflictos  
ILR School, Cornell University, Ithaca*